

En los zapatos de Paula

Versión literaria de **Mónica Lavín**
Ilustraciones de **Enrique Torralba**





Versión literaria: Mónica Lavín

Ilustración: Enrique Torralba

Argumento original: Busi Cortés

Guion de la versión para televisión: Luis Carlos Fuentes Ávila,
para la Estación de Televisión XEIPN Canal Once del Distrito Federal.

Idea original de la colección: Nuria Gómez Benet

Coordinación general: Alicia Molina Argudín

Coordinación editorial: Adriana González Méndez

Cuidado editorial:

Norma Romero Ibarrola

María Cristina Vargas de la Mora

Marta Llorens Fabregat

Felipe de Jesús Ávalos Gallegos

Carlos Sánchez Gutiérrez

Bárbara Lara Ramírez

Diseño y formación: Margarita Pizarro Ortega

Formación: Karla Ma. Estrada Hernández

Investigación de “Para que conozcas más...”:

Mara Rojas Delgado

Claudia Amaranta Castelán González

Primera edición: octubre de 2014

© 2014 Consejo Nacional para Prevenir la Discriminación

Dante 14, col. Anzures,

del. Miguel Hidalgo,

11590, México, D. F.

www.conapred.org.mx

ISBN: 978-607-7514-89-3 (Colección Kipatla, para Tratarnos Igual)

ISBN: 978-607-8418-01-5 (En los zapatos de Paula)

Se permite la reproducción total o parcial del material incluido
en esta obra, previa autorización por escrito de la institución.

Ejemplar gratuito. Prohibida su venta.

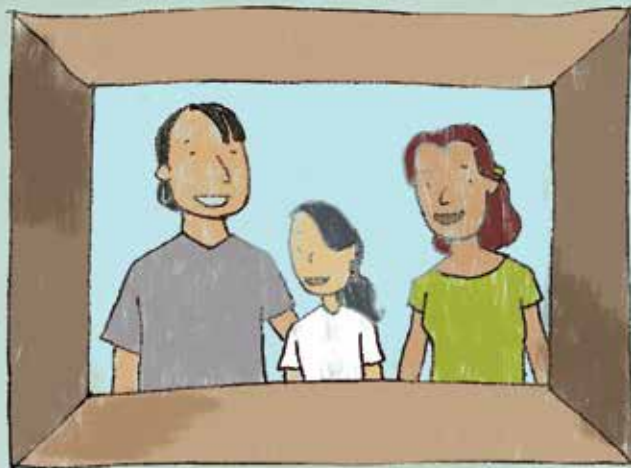
Impreso en México. *Printed in Mexico.*

En los zapatos de Paula

Versión literaria de **Mónica Lavín**
Ilustraciones de **Enrique Torralba**







Aquel día, el papá de Paula regresaría. Su madre se lo dijo la noche anterior.
—Cuando regreses de la escuela, aquí estará.

Lo supo al irse a la cama, justo cuando le dio el beso de buenas noches y dijo “hasta mañana”, como siempre. Paula la miró desconcertada y preguntó:
—¿Ya acabó de viajar?

No escuchó el “sí, mi vida”, que su madre respondió. Paula estaba enojada y eso desconcertó a su mamá. No entendía por qué la noticia le provocaba ese sentimiento.

—¿No te alegra?

Mientras Paula se lavaba los dientes pensaba que debería estar muy feliz, pero no sucedía así. Intentó sonreír frente al espejo. Reconoció que así era como más se parecía a su papá; no por los dientes, pues los suyos del frente tenían una leve separación, sino por la manera en que sus ojos se achinaban. “Dientes de Conejo”, le decía papá; “Ojos de Chino”, le contestaba ella. Y los dos se echaban a reír, pero ya hacía mucho tiempo de eso; entonces ella acababa de pasar a



cuarto de primaria, y ahora estaba por terminar quinto. Escupió la espuma de la pasta y, después de secarse la boca, volvió a forzar la sonrisa. No, no estaba contenta, aunque debería estarlo.

Su mamá la despertó para ir al Curso de Verano. Paula se asustó porque traía un menjurje verde en la cara. Pensó que estaba enferma, pero su mamá le explicó:

—Quiero que tu papá me vea muy guapa.

—Pues si lo recibes así, se asustará.

Su madre se asomó al espejo y se rió. Paula la vio tan contenta que olvidó el enojo de la noche anterior.

—Me lo voy a quitar en un rato, se supone que hace la cara más suavcita —se sentó al lado de Paula, como si ese día la prisa no importara.

Paula estiró la mano y le robó un poco. Antes de untarse aquello, lo olió con desconfianza.

—Es aguacate con yogurt —le dijo mamá.

Titubeante, se lo pasó por la mejilla.

—Tú no necesitas nada, estás preciosa —su madre de todos modos le puso un poco en la otra mejilla para igualarla—. Podrías llevarte tu chamarra nueva a la escuela, la que te mandó tu papá el Día de Reyes.

Paula volvió a ensombrecerse.

—¿Por qué no nos llevó de viaje, mamá?

—Qué más hubiera querido tu papá, pero ya sabes que se fue por trabajo.

Paula pensó que su padre estaría sentado en oficinas de diferentes partes del mundo, en Francia, en Alemania, en Marruecos, en China, frente a algunas personas que tenían los ojos parecidos a los de él, y que sus camisas se empaparían de sudor, como había visto que le ocurría cuando llegaba a casa después del trabajo, y que el pelo rebelde le caería en la frente y empezaría a carraspear, como si alguien lo hubiera regañado, como a ella, cuando fue el Día del Padre en la escuela y prepararon una obra de teatro. Hizo muy mal su papel de golondrina en *El príncipe feliz*, pues su voz no salía bien. Por eso, el último junio dijo que tenía dolor de estómago y no fue a la escuela.

—Pero si papá tenía trabajo en Kipatla —protestó Paula.

—Fue una oportunidad —contestó su madre de prisa—, pero eso se quedó en el pasado, ya regresa hoy.



Paula sintió por primera vez la alegría de la noticia, como cuando salía el sol después de una tarde de lluvia.

—¿Me traerá regalos?

Su madre no contestó.

—Hay que apurarse, criatura, o vas a llegar tarde.



Paula se alegró de que su madre se quitara el emplasto antes de acompañarla a la calle. Siempre lo hacía, pero aquel día le tomó la mano con más fuerza y, cuando le dijo “nos vemos a la hora de la comida”, le hizo un guiño de complicidad. Las dos poseían ahora un secreto que Paula se llevó hasta la Casa de la Cultura. Cuando entró, notó que a su prima Aurelia se le había hecho tarde; eso era bueno, pues Paula no tenía ganas de hablar. Era como si quisiera saborear lo que le esperaba al volver. ¿A qué olería su papá? Los primeros días de su partida pensó que no tardaría mucho en regresar, así que no se preocupó; al mes, le escribió la primera carta. Para la tercera carta que no había sido respondida, se dijo que a lo mejor estaba demasiado ocupado y le pidió que le mandara un poquito de su olor. Le gustaba esa loción que se ponía en las mañanas y que llenaba la cocina donde desayunaban juntos, mientras mamá preparaba todo para que él saliera al trabajo y ella a la escuela. Entonces mamá no trabajaba y estaba de muy buen humor. En la quinta carta se lo dijo a su papá: “Ya ven pronto, porque mamá no está cuando yo llego del Curso de Verano y tengo que comer con mi tía y mi prima que vinieron a pasar las vacaciones en Kipatla. Aunque me



divierto, mi tía hace unos frijoles muy desabridos y me da acelgas con papas. Ya sabes que no las soporto, papá, como tú”.

Para su cumpleaños se dio por vencida. Mamá le entregó la caja envuelta donde venía la muñeca con su vestuario; era muy bonita y mamá dijo que papá la había mandado, pero Paula no le creyó nada, porque ella la había visto en la vitrina de la tienda con mamá y las dos habían dicho que era hermosa. ¿Cómo iba su padre a saber eso si estaba al otro lado del océano?



Aurelia interrumpió sus pensamientos cuando se sentó a su lado, en el salón; Paula olía la piel de su propio brazo.

—¿Qué? ¿No te bañaste? —le preguntó su prima.

Paula se sintió atrapada en sus ensoñaciones.

—Tonta —le dijo por saludo. Y luego, muy orgullosa, añadió:

—Mi mamá va a hacer la comida hoy.

—¿Por qué? ¿No va a ir al trabajo? —preguntó Aurelia curiosa.

Paula quiso guardarse el secreto y no le explicó más.

—Estás muy misteriosa —añadió.

—A la salida te digo —se protegió Paula, mientras escuchaba la canción que cantarían con el profesor Jacinto.

Rebeca, la madre de Paula, salió del salón de belleza. Se retocó los labios en el espejo y vio el reloj. Aún había tiempo y pensó que necesitaba hablar con su hermana. Había sido de gran ayuda que pasara los veranos en su casa. Ese día había pedido permiso en el trabajo: no era cualquier día. Y sus jefes sabían la razón. Por eso le habían dado empleo de medio tiempo hacía dos años. Necesitaba el trabajo. Y podía decir que le había gustado llevar dinero a la casa. Lo que extrañaba era tener donde recargar su cabeza por las noches. Ahora que contaba los minutos para ver a Salvador, andaba descontrolada.

—¡Estás guapísima! —le dijo su hermana cuando le abrió la puerta—. ¿No deberías estar en otro lado?

—Aún tengo tiempo y estoy preocupada.



Bárbara sirvió un poco de café en dos tazas que puso sobre la mesa de la cocina.

—Lo bueno es que hoy yo no tengo que preparar la comida.

—Dejé todo listo desde ayer —dijo Rebeca—. Pollo en pipián, que es el favorito de Salvador.

Las dos se quedaron un rato en silencio, como si ninguna creyera que las cosas iban a volver a ser como antes.

—Debes estar muy nerviosa, es lógico, tanto tiempo sin vivir juntos.

—No me imagino verlo otra vez arreglando el jardín como le gusta.

—Es verdad. Desde que se fue, parece una jungla.

—Debí haberle dicho la verdad a Paula —soltó de pronto Rebeca.

—¿Y que visitara a su papá en la cárcel?

La madre de Paula pensó en lo duro que hubiera sido que la niña la acompañara en esas visitas esporádicas. Que escuchara la palabra *cárcel*, que viera a su papá vestido de reo, con los ojos tristes, sin saber cuánto tiempo pasaría antes de volver a vivir una vida tranquila. Su hermana tenía razón, no quería imaginar cómo podría haber sido eso.

—Tal vez no siempre es buena la verdad.

—No sé, hermana. Es difícil guardar secretos.

Paula no se aguantó hasta la salida. La realidad era que había puesto muy poca atención en lo que el profesor Jacinto escribió en el pizarrón y en la lectura del cuento cuyo final tenían que inventar. Ella siempre participaba, pero ahora el peso de lo que le esperaba en casa era más grande que todo.



—Profesor, ¿puedo irme ya a mi casa? —se atrevió a preguntar.

—Ya no falta mucho, Paula —le dijo cariñoso—. ¿No te gustó el cuento? Sonrojada, Paula no se atrevió a decirle que no lo había escuchado y le preguntó si podía dibujar el final del cuento en lugar de escribirlo. Luego añadió:

—¿Aunque sea el final de otra historia?

Durante el recreo, su prima se acercó a la banca que compartía con otras niñas y la vio dibujando en un cuaderno.



—¿Qué dibujas?

Paula primero cubrió aquellos mapas con sus manos, como si fueran su diario, pero luego pensó que era absurdo y dejó que Aurelia los viera.

—¿Es el final del cuento?

Negó con la cabeza y, rayando con un lápiz rojo que iba de continente a continente, le explicó:

—Es el recorrido que hizo mi papá. Y ahora mira qué cerquita está de aquí.

Su prima la miró sin emoción.

—¡Hoy llega mi papá! ¿No te da gusto? —expresó con entusiasmo Paula.

Le pareció raro que su prima la mirara con sorpresa, pero sin alegría.

—¿Ya salió de la cárcel? —preguntó Aurelia extrañada, casi al mismo tiempo que se tapaba la boca con la mano, pero ya era demasiado tarde. Paula alcanzó a ver la cara de asombro de las chicas en la banca.

Cuando Salvador estuvo frente a la puerta de su casa, se detuvo en seco. Necesitaba contemplar la puerta que su mujer y él habían decidido que fuera verde. Después de darle vuelta al picaporte y percibir el orden de las cosas, el olor familiar, los sillones, la mesa, las lámparas, los objetos de una vida que había sido suya todos los días, sintió un mareo y su mujer, quien ya lo esperaba dentro, lo abrazó al comprender su emoción. No podía articular palabras, se le enredaban en la garganta. Dos años de encierro no eran cualquier cosa; sin embargo, ahora, de pie frente al cuadro con un río y la foto de Paula en el muro que tenía al frente, el tiempo se encogía. Parecía que esas noches que había pasado en la celda compartida de la cárcel eran irreales.

Hizo un esfuerzo por no quebrarse. No había equipaje que deshacer, sólo dos años de silencio. Quiso ir al cuarto de su hija. Apenas traspasó el umbral,



lo conmovieron las muñecas en la repisa y lo sorprendieron los carteles en la pared de un grupo de muchachos melenudos que él no conocía. Y luego el corcho con las fotos de sus amigas y aquel mapa pegado en la pared, herido con tachuelas. Supo de qué se trataba y Rebeca, desde la puerta, lo confirmó.

—Son los lugares donde has estado.



Repasó los contornos del mapa con sus dedos callosos. Le había tocado hacer trabajos de carpintería en el reclusorio. La fantasía de haber estado en tantos lugares lo hizo sonreír con tristeza.

—Le dije lo que acordamos —recalcó su esposa—, que estabas de viaje de trabajo.

—¿Y nunca le escribí de ninguno de esos sitios?

—No tenías tiempo. Los timbres de las cartas te hubieran delatado.

—¿Y el correo electrónico?

—Le dije que a ti nunca te ha gustado ese medio de comunicación —argumentó Rebeca.

Lo tomó de la mano y, como a un niño, lo llevó al baño de su habitación.

—Métete a la tina, yo me encargaré de que la mesa esté puesta cuando lleguen Paula y Aurelia.

Conforme se sumergía en el agua tibia, Salvador recordaba los rigores del encierro. Un baño tranquilo era sólo una de tantas privaciones. ¿Cómo podría explicarle a otras personas lo que es estar en prisión? Ahora que era libre de nuevo, lo comprendía. Le había parecido demasiado fácil desviar aquel dinero para afrontar sus deudas, hacer que pareciera un gasto. Había pagado caro por ello. Él mismo aún no se lo perdonaba.

Dejaba que el jabón se llevara el recuerdo de los días sin luz. Hubiera preferido encontrarse con su hija a solas, pero comprendió que su mujer necesitaba que otros estuvieran allí. Tal vez porque ésa era otra manera de protegerla de la verdad.

La voz se corrió como cuando se deja mal cerrada la llave del agua. El goteo puede llenar el lavabo, como pasó con los compañeros de Paula y se desbordó más allá de la Casa de la Cultura. Cuando entró al salón, después del recreo, un enjambre de miradas aguijoneó a Paula. Trataba de concentrarse en las explicaciones del profesor Jacinto, pero un cuchicheo la interrumpía y, de cuando en cuando, una mirada que ella sorprendía huía de la suya. Aquel viaje largo de un padre, eso que la hizo especial, ahora la hacía distinta de otra manera. Su padre había estado preso.

La tía Bárbara recogió a Paula y Aurelia para acompañarlas a casa. Nadie le dijo adiós a Paula, la miraban como a una rareza, como si tuviera una enfermedad contagiosa. Por suerte estaba su tía para alejarla de la maledicencia. Pero nada la apartaba de su propio desconcierto. De la mentira. De haber creído



que su padre estaba de viaje. Por eso, cuando llegaron frente a la puerta verde de su casa, echó a correr. Su prima intentó seguirla, pero Bárbara la detuvo.

—Ya sabe, ¿verdad? —le preguntó a Aurelia.

Paula no dejó que sus piernas descansaran hasta que varias calles la separaron de su casa y el parque le mostró una fuente donde podía sentarse. Su sonido la apaciguó. Se concentró en el agua transparente y cantarina que le fue diciendo que todo estaba bien, que su padre estaba de vuelta. Fue entonces cuando la asaltó ese pensamiento triste: durante dos años enteros él no había visto un parque, ni una fuente, ni a su hermosa Kipatla. Entonces, corrió a casa con todas sus fuerzas.

Durante la comida, Paula había estado callada, mirando a su padre de vez en cuando. Confirmando que, a pesar de todo, sus ojos eran achinados y podían sonreír. Estaba pálido y más delgado, y Paula no sabía qué preguntarle, qué contarle. Cuando la tía Bárbara y Aurelia se levantaron, y su madre se metió a la cocina, aprovechó para hablarle:

—¿Por qué no contestaste mis cartas, papá?

Su padre la miró acorralado. Su desconcierto dio valor a Paula.



—No importaba que fuera desde la cárcel, yo quería saber que tú me leías.
Rebeca apareció con dos tazas de café.
—Me daba vergüenza que supieras que estaba preso.





—¿Qué hiciste, papá? —Paula preguntó con miedo. Sabía que los que robaban o mataban eran los que iban a la cárcel.

—Me acusaron de fraude en la empresa. Ya pagué mi condena.

La madre de Paula no acertaba a colocar las tazas en la mesa.

—Hija, perdóname por no haberte dicho la verdad —escuchó Paula a su madre, pero no quiso verla; con ella también estaba enojada.

Después de un rato en silencio, Paula se tranquilizó, se sentó en el regazo de su padre y hundió la cara en su cuello. Allí estaba el olor que recordaba. Y eso



era todo lo que importaba. Esa noche, cuando entró a darle el beso de las buenas noches, se acercó al corcho donde estaba el mapa.

—¿Qué te parece si un día hacemos este recorrido juntos, Dientes de Conejo?

Paula asintió mientras su padre escribía en el mapa: “Viaje que harán Paula y Salvador”. Luego ella le mostró la muñeca que él le había regalado.

—Ya casi no juego con ella, Ojos de Chino. Entonces él le acercó un sobre grande que llevaba en la otra mano.

—Aquí está lo que te escribí, hija. Porque si algo hice en la cárcel fue escribir esto y más.

Paula abrazó ese sobre como un tesoro.

—Pero ahora tienes que dormir y perdonarnos a tu madre y a mí. Creíamos que era mejor que no supieras. Nos equivocamos.

Conforme pasaron los días, Rebeca notó que la alegría inicial de Paula por tener a papá en casa se fue transformando en un pesar que se juntaba con otro: el de su marido que no encontraba trabajo.

A la hora de la cena, Paula dejó de contar con algarabía lo que había hecho en el Curso de Verano y Salvador sólo enumeraba las citas fallidas que había tenido. Su amigo, el licenciado Juvencio, le dijo que no podía ayudarlo, que lo comprendiera; a sus oídos había llegado la noticia de que estuvo en la cárcel y eso no le permitía contratarlo.

—Semejante amigo que da la espalda a quienes lo necesitan... —se quejó.

Rebeca no podía dejar su trabajo mientras la situación siguiera así.

Paula a veces comía con su padre. Hablaban poco. Ella sabía que era difícil contarle a su papá cómo se habían alejado sus amistades; todas, menos Aurelia, la evitaban. Lo mismo que le pasaba a su padre, le sucedía a ella.

Los fines de semana, desde que amanecía hasta que caía la tarde, Salvador arreglaba el jardín, que cada vez estaba más bello. Paula sacaba su cuaderno y se ponía a dibujar mientras veía a su padre podar y desenterrar, abonar y desyerbar las plantas. De cuando en cuando, le pedía que le diera alguna flor

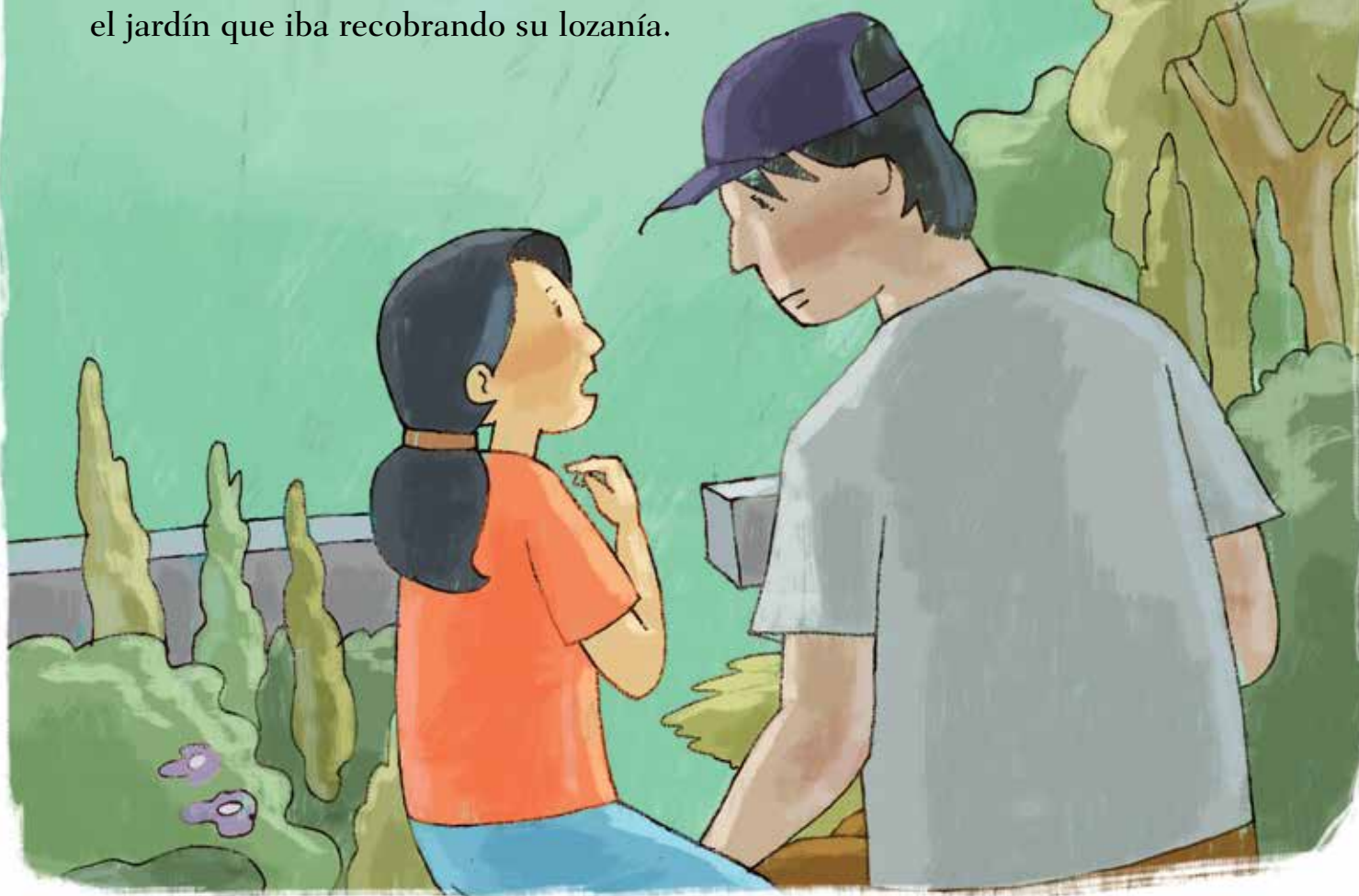


o una hoja y la pegaba en su dibujo, pero su padre ni siquiera se detenía a ver qué era lo que estaba haciendo.

Un día se atrevió a confesarle lo que sentía. Le contó que los chicos le habían dejado de hablar, sólo el maestro Jacinto se había acercado para preguntarle qué le pasaba.

—Ya no quiero ir al Curso de Verano, papá. Me quiero quedar contigo.

Salvador se detuvo en seco y la miró tan sola como él en el jardín que iba recobrando su lozanía.



Tres días más tarde, Aurelia llegó de la Casa de la Cultura y le anunció a Paula:

—Prima: vengo por todos tus zapatos.

Paula la miró extrañada. ¿Se había vuelto loca su prima? Ella seguiría usando sus zapatos.

—No pienso andar descalza.

—Todos menos los que traes —insistió Aurelia. Y luego le contó cómo había sido ese día en que, por tercera vez, Paula no había aparecido en el curso.

El maestro Jacinto señaló tu asiento vacío y preguntó:

—¿Por qué creen que no ha venido Paula?

Algunos dijeron que tal vez estabas enferma. Yo dije que no, que estabas triste porque ellos te trataban mal, porque ya no te hablaban, y porque tu papá no encontraba trabajo.

Paula hizo un puchero, como si se sintiera traicionada, pero dejó que su prima le contara.

Aurelia intentó repetir lo que había dicho el maestro Jacinto. “Estar en prisión es una experiencia que marca. Imagínense la ilusión de salir para rehacer la vida. Es como cuando los castigan una tarde sin poder ir a jugar. Y es sólo por un rato. Estar encerrado es una situación muy dura”.

—Y luego dijo: “Pónganse en los zapatos de Paula. ¿Cómo creen que se siente?”. Así que voy a llevarme tus zapatos, porque yo quiero que todos se sientan como tú y dejen de molestarte.



Paula estaba tan aturdida con la extraña idea de su prima que ni siquiera protestó. Vio a Aurelia salir con la maleta que alguna vez usó para la clase de baile llena de zapatos.

Luego se quedó preocupada pensando que Beto o Juan podrían tratar de meter sus pies en sus zapatos de fiesta o en sus tenis nuevos y tuvo ganas de ir tras Aurelia. Por la ventana contempló a su padre que suspendía la labor en el jardín y desistió. Pensó que el profesor Jacinto quería decir algo con aquello de ponerse en los zapatos de alguien. Estaba intrigada. Sin que Salvador la viera, se escabulló a la recámara de sus padres y del clóset sacó los zapatos de agujetas de su papá. Se quitó los que ella llevaba y metió sus pies en aquellos lanchones. Trató de dar algunos pasos, pero vio que era muy difícil: pesaban, le quedaban grandes. Se miró en el espejo y descubrió a su padre que la miraba divertido desde el quicio de la puerta.



—No te quedan, muchacha.

Paula se sonrojó.

—Es que quería estar en tus zapatos como dice el profesor Jacinto.



Era sábado y el cielo no anunciaba lluvia. Paula había recortado unas figuras de papel y Salvador plantaba algunos brotes de una planta. Le había dicho a Paula que a veces las plantas crecían sin semillas. Escucharon el timbre de la casa y supusieron que era un error. Nadie, salvo vendedores inoportunos, tocaba a la puerta de esa casa. Rebeca había salido. Volvieron a golpear con insistencia.

Paula, todavía calzando los zapatos de su papá, arrastró los pies a la puerta y se topó con el profesor Jacinto. Iba a preguntar sorprendida qué hacía allí, pero un grupo de niños y niñas apareció rodeándolo.

—Venimos a la comida.

—No hay comida, mi mamá apenas fue al mercado —argumentó Paula confusa.

Ya su padre se acercaba a la puerta.

—¡Hombre! ¡Qué sorpresa! —comentó al ver al profesor Jacinto, quien era su amigo de juventud.

—Venimos a la comida que habrá en el jardín. No se preocupen, los muchachos traen todo para armarla.

De pronto, los compañeros de Paula irrumpieron en la casa. Saludaron y se abrieron paso hacia el jardín. Hasta atrás venía Aurelia con la maleta de los zapatos. Le guiñó un ojo a Paula y le dijo que estaban completos.

Ella supo que en la escuela habían platicado sobre su padre y lo mal que estaba cerrarle las puertas y despreciarlo, igual que a ella, cuando lo que había que hacer era ayudarse, darse la mano. Se lo contó su prima cuando subieron la maleta a su habitación. Aurelia dijo que había que llevar carbón para asar las carnes, pues les iba a hacer falta. Cuando llegaron Rebeca y Bárbara, se sorprendieron del júbilo que había en la casa y de ver que Salvador se animaba platicando con su amigo entre el bullicio de los muchachos y muchachas. Le preguntaron quién había organizado eso y Paula alzó los hombros en señal de que no tenía idea, aunque sabía muy bien que habían sido sus zapatos, Aurelia y el profesor Jacinto.

U nos meses después, Rebeca fue quien organizó una comida aprovechando que aún no comenzaban las lluvias. Invitó al profesor Jacinto, a los compañeros de Paula y a otras amistades que, poco a poco, habían aceptado de nuevo a Salvador. Uno de ellos lo contrató para que trabajara en su fábrica y, gracias a eso, Salvador volvía a desayunar con Paula temprano, como en otros tiempos.



Le daba un beso antes de que saliera para la escuela y le dejaba ese olor grato que ella resguardaba, poniéndose de cuando en cuando la mano en la mejilla.

Rebeca presumió a los invitados la salud de los rosales que estaban floreando en rojo y, después de haber comido pipián y frijoles refritos, anunció que Salvador tenía una noticia.

—¿Recuerdas que te dije que había escrito mucho en la cárcel? —le dijo Salvador a Paula.

Paula asintió, sin saber qué iba a pasar.

Esta vez, su padre no mostró un sobre lleno de cartas sin enviar, como las que ella guardaba celosamente, sino que le presentó un libro. Un libro donde resaltaba el nombre de Salvador.



—Aquí está la experiencia de la cárcel y el hombre que ahora soy —dijo satisfecho.

Paula sintió el secreto orgullo de ser la hija de ese señor al que todos felicitaban y cuyo libro se arrebataban para ver los colores, las palabras; para comprobar si era verdad que alguien podía hacer de su vida algo que los demás leyeran. Su madre y ella se miraron con la misma risa cómplice que cuando tenían la cara llena del menjurje de aguacate.

Ojos de Chino le entregó un ejemplar, el suyo. El libro llevaba una dedicatoria impresa: “Para Rebeca y Dientes de Conejo”.

Paula estaba segura de que entre las páginas se había quedado para siempre el olor de su padre.



Para que CONOZCAS más...

¿Sabes por qué algunas personas, como el papá de Paula, han estado en la cárcel?

Con el fin de que se respeten las leyes establecidas para lograr una convivencia armónica en las sociedades, se han creado sanciones que se aplican en caso de que éstas no se cumplan. Una de ellas consiste en que las personas permanezcan en centros de reclusión o internamiento, comúnmente conocidos como prisiones o cárceles. El proceso legal para que esto suceda es largo y un tanto complicado, por lo que no lo abordaremos aquí. Lo importante es que sepas que existen estos centros y que las personas que han vivido la experiencia de estar en ellos tienen los mismos derechos que todas las demás personas.

¿Por qué se discrimina a las personas que salen de un centro de reclusión?

Algunas personas reaccionan negativamente hacia quienes han estado en la cárcel y obtenido su libertad. Esa reacción se basa principalmente en prejuicios negativos y estigmas, y es frecuente que se extienda incluso a los familiares, como le pasó a Paula.

Los *prejuicios* son ideas sobre algo o alguien que adoptamos antes de conocerlo, sin haber reflexionado realmente sobre ellas, quizá porque las escuchamos en alguna parte o porque mucha gente las dice.

Los *estigmas* son una especie de marcas que les imponemos a las personas, también sin pensar al respecto, dejándonos llevar solamente por lo que la mayoría afirma, sin haber indagado ni darnos la oportunidad de conocer la forma de ser de las personas, sus habilidades, etcétera.

¿Cómo te sentirías si alguien te tratará mal, sin conocerte, sólo por saber que vienes de un lugar específico, y le dijera a las demás personas que eres peligroso, que no conversen ni jueguen contigo, ni te brinden su amistad?

Todo esto es, lamentablemente, lo que viven las personas que estuvieron en un centro de reclusión, e incluso sus familiares, cuando se reincorporan a la comunidad. De manera similar a

lo que experimentó la familia de Paula en el cuento que acabas de leer, muchas personas que estuvieron privadas de su libertad sufren de discriminación, la cual afecta gravemente todos los aspectos de sus vidas. Por eso, la discriminación está prohibida en nuestro país y en casi todos los países del mundo.

En palabras sencillas, la *discriminación* puede entenderse como la negación o limitación injustificada de derechos y libertades. Se dice que es *injustificada* porque no existe una razón real para restringirles o negarles derechos y libertades a las personas, esto se hace a causa de creencias que no están comprobadas, por ejemplo, sería un caso de discriminación si alguien del Gobierno decidiera que los niños que viven en una colonia en específico no pueden entrar a la escuela y no pueden ser atendidos en el hospital de la zona, pues esa persona cree que son malas personas y todo lo que hacen es perjudicial o dañino para los demás. ¿Te parecería adecuada una decisión de ese tipo? ¿Crees que es justa?

Una de las principales formas de discriminación hacia las personas que estuvieron internadas en centros de reclusión es la *discriminación laboral*, es decir, que algunas instituciones o empresas se nieguen a darles trabajo al enterarse de la situación que vivieron, aunque estén capacitadas para hacerlo y hayan pagado su deuda con la sociedad. Ade-

más, el rechazo social, el aislamiento y la dificultad para obtener un empleo les crean grandes problemas para mantener a sus familias y para tener acceso a servicios de salud. Otros de los principales problemas que enfrentan esas personas son:

- La criminalización, que consiste en que se tenga la creencia de que la persona es peligrosa y cometerá acciones delictivas, sin tener ningún elemento que les permita conocer cómo se va a comportar esa persona en el futuro.
- La dificultad para obtener un crédito para una vivienda o un comercio.
- La dificultad para obtener la custodia de sus hijos o hijas.

Es importante mencionar que, si además la persona cuenta con alguna otra característica que la ponga en una situación de vulnerabilidad, como ser mujer, joven, persona adulta mayor o indígena, tener alguna discapacidad, ser migrante o pertenecer a algún grupo de la diversidad sexual, entonces las desventajas y la negación de sus derechos se incrementan de manera significativa.

Reflexiona y actúa...

¿Conoces o has visto a alguna persona que haya estado internada en un centro de reclusión? ¿Te parece correcto que una persona sea juzgada negativamente por el resto de su vida después de haber vivido temporalmente en reclusión? ¿Qué crees que hayan aprendido las personas que viven en Kipatla al conocer los problemas de la familia de Paula y al ayudarla?

Elabora un periódico mural sobre las acciones y actividades que se podrían realizar en tu comunidad para que todas las personas puedan convivir sin discriminación, incluso aquellas que han estado privadas de su libertad. Procura crear un contenido claro y concreto. Puedes usar imágenes llamativas e ilustraciones que lo hagan más atractivo. Comparte tus reflexiones sobre el cuento y su temática con tu comunidad escolar, tu familia y tus amistades.

¿Quieres leer los demás cuentos de la colección Kipatla, para Tratarnos Igual?

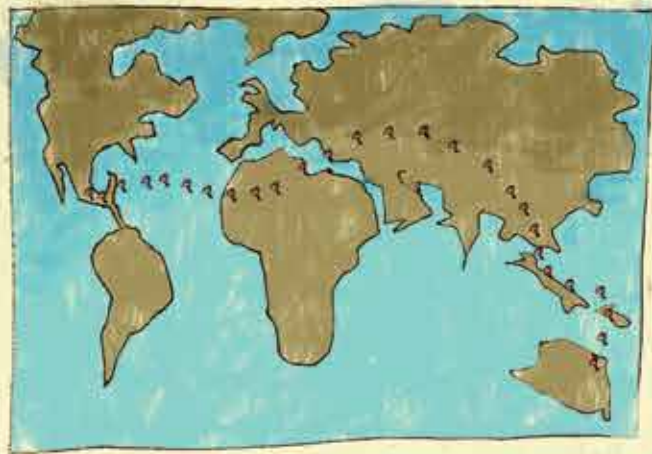
En el sitio web del Conapred <www.conapred.org.mx> puedes descargar los libros en versión digital y en radiocuentos. En el canal del Conapred en Youtube puedes ver los capítulos de la serie de televisión con interpretación en lengua de señas mexicana.

En los zapatos de Paula
se terminó de imprimir en noviembre de 2014 en los
Talleres Gráficos de México, Canal del Norte 80,
col. Felipe Pescador, del. Cuauhtémoc,
C. P. 06280, México, D. F.

Se tiraron 10 000 ejemplares.



Paula debería sentirse feliz, pues su papá está a punto de volver tras un largo viaje de trabajo. Su madre está emocionada, pero Paula sospecha que algo no anda bien. Su prima Aurelia le revela el secreto: le mintieron, en realidad, su papá estaba preso. La noticia le cae como balde de agua fría. Además, sus amistades se enteran y todo resulta un lío tremendo. La única manera de entenderlo es ponerse en los zapatos de Paula... y de su papá.



SEGOB
SECRETARÍA DE GOBERNACIÓN



CONSEJO NACIONAL PARA
PREVENIR LA DISCRIMINACIÓN

A leer
IBBY MÉXICO

EJEMPLAR GRATUITO
Prohibida
su venta